

5

VIVIR COMO CUIDADORES

Miércoles, 15 de julio de 2020

Meditación de la mañana

Oración inicial

*Dios omnipotente,
que estás presente en todo el universo
y en la más pequeña de tus criaturas,
Tú que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
derrama en nosotros la fuerza de tu amor
para que cuidemos la vida y la belleza.
Inúndanos de paz,
para que vivamos como hermanos y hermanas
sin dañar a nadie.
Dios de los pobres,
ayúdanos a rescatar
a los abandonados y olvidados de esta tierra
que tanto valen a tus ojos
Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo
y no depredadores,
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción
Toca los corazones
de los que buscan sólo beneficios
a costa de los pobres y de la tierra.
Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
a contemplar admirados,
a reconocer que estamos profundamente unidos*

*con todas las criaturas
en nuestro camino hacia tu luz infinita.
Gracias porque estás con nosotros todos los días.
Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
por la justicia, el amor y la paz.*

1. Petición al Señor

Señor, concédeme experimentar hoy que la tierra, la sociedad y el ciberespacio son “mi casa”, para que la cuide como un don tuyo y no me convierto en un inquilino explotador.

2. Puntos para la meditación

Hoy meditamos nuestra nuestra condición mundana. **Nosotros somos seres en el mundo.** Vivimos en el planeta Tierra. Sobre él construimos la ciudad humana. Nuestro mundo natural (la tierra) y cultural (la sociedad) – *“frutos de la tierra y del trabajo del hombre”* – están llamados a convertirse en hostia de la Eucaristía que Jesús celebra sobre el mundo¹, por emplear la conocida expresión de Teilhard de Chardin. Por desgracia, a partir de la revolución industrial, **nos hemos convertido en depredadores de los recursos naturales**, quizá con la falsa conciencia de ser los “amos de la tierra” debido a una mala interpretación del mandato divino (cf. *Gn 1,28*). Hoy, asustados frente a las

¹ Cf. TEILHARD DE CHARDIN, P., *Himno del universo*, Taurus, Madrid 1964.

consecuencias de una explotación y contaminación desmesuradas y de un cambio climático que parece irreversible, **estamos redescubriendo nuestra vocación de “cuidadores”**. La pandemia nos ha hecho ver con más claridad que cuando alteramos gravemente la biodiversidad, estamos expuestos a sufrir las consecuencias de los desequilibrios. El papa Francisco, en la encíclica *Laudato Si'*, nos ha hecho un fuerte llamado a cuidar la “casa común” desde el concepto de “ecología integral” (cf. *LS* 137-162). Por eso, en nuestro camino espiritual necesitamos abrirnos a la “conversión ecológica”.

2.1. La “conversión ecológica”

La espiritualidad contemporánea se ha vuelto muy sensible a esta dimensión. Conecta con las mejores visiones y prácticas de las espiritualidades orientales y de los pueblos originarios de América. Nosotros, ciertamente, no adoramos a la *Pacha Mama* como si fuera una especie de “diosa” ni nos rendimos a un ecologismo que pretende suplantar a la religión, pero **reconocemos la sacralidad del primer libro a través del cual Dios nos habla: la naturaleza**; por eso, nos esforzamos por preservarlo y leerlo en profundidad.

Si ya en 2015 la apuesta del papa Francisco por una “ecología integral” resultó valiente y profética, ahora, en plena pandemia, **se convierte en imprescindible**. Sin un nuevo modo de entender nuestra relación con la

naturaleza que **prime el cuidado** (“cuidadores”) y no la explotación, estamos condenados a continuos desequilibrios que amenazan incluso la supervivencia de la especie humana. Los mejores científicos vienen diciéndolo desde hace décadas. Algunos –pocos– políticos lo han tomado en serio. Para la mayoría priman más las razones económicas a corto plazo que los objetivos a medio y largo plazo.

¿Qué sucede con nosotros los cristianos? Es probable que muchos sigan considerando que la “cuestión ecológica” es una moda alimentada por algunos románticos que sueñan con una imposible vuelta a la vida natural. Sin embargo, hace años que ha entrado ya en la conciencia de la mayoría. **Dios nos ha encargado ser cuidadores de esta casa común que es la creación**, no sus depredadores. La encíclica *Laudato Si'* (2015) dio fundamento doctrinal a esta orientación y propuso caminos prácticos. ¡Ojalá la experiencia de confinamiento nos haya acabado de convencer! O apostamos por una “ecología integral” (que va mucho más allá del mero ambientalismo o “cultura verde”) o no hay futuro. Se trata de un asunto científico, económico, social, pero **también espiritual**. Durante estos Ejercicios Espirituales podemos profundizar en él para cambiar nuestro estilo de vida.

Por todas partes se multiplican los consejos sobre lo que podemos hacer para proteger el ambiente. Nunca están de más, pero este recurso puede convertirse en un repetitivo sermón laico que acaba produciendo

anticuerpos. Los valores no se transmiten solo a base de repeticiones, sino por contagio. Los valores son como el aire que respiramos. Si desde niños respiramos la convicción de que formamos parte de una “casa común” con todos los seres humanos, los animales y las plantas, con todo lo que existe, entonces nacerá en nosotros **la responsabilidad de hacer habitable el ambiente y de cuidarlo al máximo para que todos puedan vivir**. El hecho de que usemos, en la medida de lo posible, el transporte público, gastemos poca agua y energía o plantemos un árbol es solo una consecuencia menor de algo más profundo y más determinante: lo que el papa Francisco llama “una ecología integral” (capítulo IV de su encíclica). Lo dice muy claramente en el número 139:

“Cuando se habla de «medio ambiente», se indica particularmente una relación, la que existe entre la naturaleza y la sociedad que la habita. Esto nos impide entender la naturaleza como algo separado de nosotros o como un mero marco de nuestra vida. Estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados. Las razones por las cuales un lugar se contamina exigen un análisis del funcionamiento de la sociedad, de su economía, de su comportamiento, de sus maneras de entender la realidad. Dada la magnitud de los cambios, ya no es posible encontrar una respuesta específica e independiente para cada parte del problema. Es fundamental buscar soluciones integrales que consideren las interacciones de los sistemas naturales entre sí y con los sistemas sociales. No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y simultáneamente para cuidar la naturaleza”.

Uno de los aprendizajes que podemos hacer en este momento es caer en la cuenta de que, **si el sistema no funciona, de poco sirve nuestra seguridad personal.** Quizá algunos ejemplos lo pueden aclarar. ¿De qué sirve amasar dinero contaminando el ambiente si luego ese mismo ambiente se vuelve irrespirable y una buena parte del dinero hay que gastarlo en descontaminar? Lo que, a primera vista, parecía una ganancia, acaba revelándose como una gran pérdida. ¿Qué sentido tiene expoliar los recursos naturales de los países del tercer mundo invirtiendo muy poco en ellos y luego quejarnos de la presión que los emigrantes de esos países ejercen sobre el primer mundo?

El egocentrismo es una enfermedad que afecta a los individuos, familias, comunidades y países. La búsqueda obsesiva de los propios intereses sin tener en cuenta las necesidades e intereses de los demás conduce a la larga a una crisis del sistema en la que todos acabamos perdiendo. Por tanto, aunque solo fuera por razones pragmáticas, **es bueno siempre pensar de la manera más global posible**, tratando de involucrar a todas las partes afectadas en cualquier proceso de cambio. El desafío consiste en **pasar de un “ego-sistema” (basado en los intereses del yo) a un “eco-sistema” (basado en el bien de todos)** en el que tomemos conciencia de las repercusiones que cada parte tiene sobre el conjunto y el conjunto sobre cada parte.

El XXV Capítulo General de los Misioneros Claretianos también nos invitó a la “conversión ecológica”

como expresión concreta de esta espiritualidad que **establece con la naturaleza y con el mundo una relación de cuidado o administración y no de dominio o explotación**. Citando *PTV 8*, reafirmó que la pasión por la vida “*pertenece a la entraña misma de nuestra vocación misionera*”. Nos pidió asimismo que viviéramos con sobriedad y sencillez, sin obsesionarnos por el consumo (cf. *MS 8*) y nos ofreció algunas orientaciones (cf. *MS 7-8*). Para ello no necesitó convertir al P. Claret en un ecologista *avant la lettre*. No puso el acento en el hecho de que practicara la medicina natural en Viladrau (España), creara granjas escuelas en Puerto Príncipe (Cuba), plantase árboles con sus propias manos en el monasterio de El Escorial o fuera casi vegetariano en su alimentación. Como meditemos esta tarde, **la “ecología integral” de Claret tiene raíces más profundas y duraderas que el ecologismo moderno**. Se trata de vivir una vida en armonía con uno mismo, con los demás y con la naturaleza. Esto solo es posible cuanto estamos en armonía con Dios, fuente de todos y de todo porque no hay nada más antiecológico que el pecado.

2.2. Ciudadanos de la “polis”

El mundo no es solo el espacio físico (la naturaleza), sino también el **espacio social** (los pueblos y naciones) y **virtual** (Internet). El mismo XXV Capítulo General aclara que “*hoy entendemos el mundo en un sentido global: el*

otro, la naturaleza, el cosmos, el mundo virtual, etc.” (MS 58). En este mundo tenemos que vivir y a este mundo se dirige nuestro anuncio del evangelio. Entre nosotros se ha convertido en un eslogan la frase que Claret incluyó en su carta al nuncio Brunelli cuando le exponía sus motivos para no aceptar la mitra de Santiago de Cuba. El “mi espíritu es para todo el mundo”² expresa un rasgo de nuestra espiritualidad que el mismo Capítulo General ha subrayado al presentarnos como misioneros “abiertos a todo el mundo en diálogo profético” (MS 58-63). Algo semejante se dice en algunos documentos de las Misioneras Claretianas y de otros grupos de la Familia Claretiana.

El convencimiento de que “*este mundo ya está habitado por Dios*” (MS 58) nos prepara para **una espiritualidad del diálogo con la ciencia, las culturas y las religiones**. Quien se siente “amo” del mundo solo se alía con otros poderosos para explotarlo. Quien ha descubierto su vocación de “guardián” y “cuidador” sabe que solo no puede hacer nada para cuidar la obra de Dios; por eso, se pone en camino “*con toda la Iglesia y quienes buscan la transformación del mundo*” (MS 53-57). **Caminar con otros (creyentes o no)** y colaborar con ellos es la forma concreta de entender hoy la misión (de Dios) compartida.

Uno de los campos privilegiados de esta colaboración (sobre todo, para los laicos) es la **política**.

² Cf. CLARET, A. *Carta a Don Giovanni Brunelli* (Vic, 12 de agosto de 1849), EC I, 305.

Redescubrir nuestra condición de ciudadanos honrados y responsables es urgente en tiempos en los que la política está muy desprestigiada a causa de la corrupción, el clientelismo, los populismos de diverso signo, los nacionalismos excluyentes, la ineficacia a la hora de abordar los problemas sociales, etc. **Cuidar la polis como “casa común”**, involucrarnos en las causas que significan un progreso humano (como la igualdad hombre-mujer, la lucha contra la injusticia y la exclusión, la acogida e integración de los refugiados, desplazados e inmigrantes, etc.) es una expresión de nuestra vida “con Espíritu”.

Quizá necesitaríamos menos políticos profesionales si **todos fuéramos un poco más políticos a pie de calle**. Eso no significa que tengamos que afiliarnos a partidos y ejercer algún cargo en sus filas, sino que **seamos habitantes responsables de la “polis”, de la “ciudad” a la que todos pertenecemos**. No se puede criticar a los políticos profesionales y luego comportarnos como ciudadanos que solo se preocupan del propio interés y muy poco del bien común. Por ejemplo, no podemos ensuciar la calle y luego quejarnos de que los barrenderos la limpian poco. Lo esencial para que una ciudad esté limpia no es disponer de abundantes y caros servicios de limpieza, sino contar con una ciudadanía que no la ensucie y que la cuide como si fuera –lo es– su propia casa. **Este minúsculo ejemplo es extensible a otras muchas dimensiones de la vida en común**. Se suele decir que –por alguna razón no del todo aclarada– el nivel de corrupción política en los países de tradición católica es superior a la media mundial. ¿Será que no hemos

incorporado la responsabilidad de la “cosa pública” a nuestra espiritualidad? ¿Vivimos todavía un fuerte divorcio entre espiritualidad *mística* y espiritualidad *profética*?

2.3. Cibernautas en el océano digital

El mundo es también el océano digital en el que hemos aprendido a navegar. Es probable que la mayoría de nosotros seamos “inmigrantes digitales”, pero los más jóvenes son ya “nativos”. Internet es su medio natural. Durante las semanas de confinamiento se ha producido en todo el mundo un alto consumo de productos digitales, desde el visionado de películas hasta múltiples videoconferencias, *webinars* y operaciones de todo tipo.

Somos conscientes de que en este océano habitan “**dragones**” (inautenticidad, adicción, pornografía, *sexting*, acoso, juegos *on line*, ciberataques, extorsiones, etc.) que ponen en peligro nuestra navegación y nuestra integridad personal. Pero, sobre todo, hemos descubierto que Internet y, en general, el mundo digital abre **inmensas posibilidades de desarrollo personal y social**. Necesitamos una formación específica para navegar, pero también **una espiritualidad que nos permita descubrir los “signos de Dios” en este ilimitado continente**. En él se desarrolla nuestra vocación de “cuidadores” y no solo de “consumidores”.

Hay ya muchos laicos, religiosos (as) y sacerdotes que se han convertido en evangelizadores *en y a través de* este medio. Es verdad que con frecuencia domina más la

buena voluntad que la necesaria preparación técnica, pero es bueno que se multipliquen las iniciativas para que se produzca un proceso de selección y mejora. Los meses de la pandemia han sido extraordinariamente fecundos.

3. Pistas para el tiempo personal

1. Si tienes oportunidad, **reserva un tiempo largo de la mañana de hoy para pasear por un jardín, parque o campo**. Respira el aire de la naturaleza. Pídele a Dios que te ayude a contemplar, agradecer y descifrar este “libro” en el que Él nos transmite su amor. Te pueden ayudar las estrofas del himno litúrgico que hemos comentado en el vídeo. **Repásalas en clima de oración.**

*Alfarero del hombre, mano trabajadora
que, de los hondos limos iniciales,
convocas a los pájaros a la primera aurora,
al pasto, los primeros animales.*

*De mañana te busco, hecho de luz concreta,
de espacio puro y tierra amanecida.
De mañana te encuentro, Vigor, Origen, Meta
de los sonoros ríos de la vida.*

*El árbol toma cuerpo, y el agua melodía,
tus manos son recientes en la rosa;
se espesa la abundancia del mundo a mediodía,
y estás de corazón en cada cosa.*

*No hay brisa, si no alientas, monte, si nos estás dentro,
ni soledad en que no te hagas fuerte.
Todo es presencia y gracia. Vivir es ese encuentro:
Tú, por la luz; el hombre, por la muerte.*

*¡Que se acabe el pecado!
¡Mira que es desdecirte dejar tanta hermosura en tanta guerra!
Que el hombre no te obligue, Señor, a arrepentirte
de haberle dado un día las llaves de la tierra.*

Meditación 5: Vivir como cuidadores

2. Dedicar también un tiempo a meditar sobre tu condición de **“ciudadano”**.
 - ¿Crees que te preocupas de manera concreta por el bien común? ¿En qué se nota?
 - ¿Cómo vives tu compromiso político? ¿Te limitas a votar cuando hay elecciones? ¿Has descubierto alguna manera de contribuir a sanear y enriquecer la vida política de tu país o ciudad?
 - ¿Qué crees que podrías hacer de ahora en adelante para “cuidar” esta *casa común* que es la ciudad en la que vives?

3. Puedes terminar la mañana meditando tu forma de vivir *espiritualmente* tu condición de **“cibernauta”**.
 - Escribe dos columnas en tu cuaderno. La primera se titula **“Mis dragones”**; la segunda, **“Mis ángeles”**. En la primera, identifica todo aquello que te hace mal cuando navegas por Internet o haces uso de los medios electrónicos. En la segunda, escribe los beneficios que te ha reportado este “nuevo mundo”.
 - Termina **dando gracias a Dios** por las posibilidades que se te abren y formula **algún compromiso** en el caso de que necesites corregir o cambiar algún comportamiento tuyo en relación con el uso de Internet. Pídele a Dios su ayuda.

Gonzalo Fernández Sanz, CMF